

las fortificaciones de las puentes aún no habían sido destruidas: al verificar el paso, tan confiados iban que al pasar no acertaron á cegar el foso. De improviso pararon los fugitivos é hicieron rostro, muchos escuadrones desembocaron por las encrucijadas de las vecinas calles, cubrieron las azoteas de tiradores de flechas y piedras, y lanzando sus gritos de guerra cerraron pié con pié con los blancos peleando con indomable furia, les cercaron por todos lados, causando en las filas considerable estrago. Hasta entónces conocieron los españoles haber caído en la celada, no quedándoles otro remedio que emprender en buen órden la retirada: aunque la verificaban con su bravura acostumbrada, en su mayor parte hubieran perecido, sin la negra costumbre de la tribu, que desdeñaban el matar, por el deseo ingente de llevar vivos á los prisioneros. Al llegar la hueste á la cortadura, estaba tan defendida por los indios, el canal tan lleno de acalli tripulados por guerreros, que tuvo que aventurarse por el paso que se le dejó franco; éste era en donde el ancho canal estaba lleno de hoyos en el fondo, de manera que los soldados tenían que pasar del lado opuesto á nado ó á volápié. Aquí se hizo la derrota completa; los acalli acudieron por el agua para apoderarse de los indefensos, logrando llevarse vivos cinco castellanos y muchos aliados; los bergantines no fueron de ningun efecto porque las grandes estacadas les obstruían la marcha y ántes era ofendida la tripulacion por los tiradores de las azoteas, que mataron dos é hirieron muchos remeros. Alvarado con la caballería quisiera socorrerles; mas se lo impedía la cortadura, pereciendo un jinete con su caballo que en ella se aventuró.

Maravilla fué que no sucumbiesen todos, logrando en fuerza de poderosos esfuerzos retraerse á la plazoleta, casi todos heridos, y abandonando en el foso algunos muertos. Nuestro inimitable cronista Bernal Díaz debió la vida á que le quisieran llevar vivo; apisionado por algunos indios, bregando y reluchando pudo soltarse del brazo derecho y con sus armas desembarazarse de sus aprehensores, quedando bien herido y maltratado. Los victoriosos méxica hicieron demostraciones de loco placer, sacrificando los cinco blancos y á los aliados al feroz Huitzilopochtli, sin que por ello dejaran un sólo momento del dia de combatir el real: acercábanse burlando y mofando, repitiendo muchas veces: "*Ai, Santa Malia manda capitán, daca zapatos.*" Al retirarse el enemigo por la noche, los cas-

tellanos quedaron quebrantados de fatiga y con no poco desaliento. (1)

Cortés hizo aquel mismo dia una entrada en la ciudad, y al tornar al real por la tarde supo la derrota de Alvarado. Al dia siguiente (2) vino á Tlacopan y hasta el campo de D. Pedro, sin duda para reconvenirle por el descalabro: "E como yo llegué á su real, sin "duda me espanté de lo mucho que estaba metido en la ciudad: y "de los malos pasos y puentes que les había ganado; y visto no le "imputé tanta culpa como ántes parecía tener, y platicado cerca "de lo que había de hacer, yo me volví á nuestro real aquel "dia." (3)

Cuauhtemoc alentaba á los méxica con la palabra y el ejemplo, valiéndose principalmente del sentimiento religioso tan eficaz para aquel pueblo. Los sacerdotes, presidiendo á las mujeres, hacían

(1) Bernal Díaz, cap. CLI.—Cartas de Relac. págs. 262—63.—Herrera, déc. III, lib. IV, cap. XX.—Torquemada lib. IV, cap. CXIV.—Ya que en este pasaje se hace mencion de un caballo muerto, curiosa nos parece la siguiente cédula.

"Cédula para que se haga informacion quantos caballos é yeguas se mataron en la guerra, y se enbía á su majestad para los mandar pagar."

*El rey.*—Nuestros oficiales de la Nueva España. Por parte de Hernando Cortés nuestro gobernador y capitán general desta dicha tierra y provincias della me es hecha relacion que en la gran cibdad de Temixtitan, e otras partes e lugares de esa dicha tierra los naturales della an muerto a el e a los de su compañía, hasta cinquenta é seis cavallos e yeguas e que los mas estan por pagar e que costaron a muy escosivos precios e me suplico e pidio por merced se los mandara pagar pues murieron en mi servicio o como la mi merced fuere e porque yo quiero ser informado dello por ende yo vos mando que luego que esta veays agays informacion que tantos cavayos é yeguas son los que mataron los yndios al dicho capitán general e a la dicha gente e que podra valer cada uno justamente poniendo muy especificadamente e de todo lo demas que vos vyerdes que es menester saber para ser mejor ynformado e saber la verdad cerca de lo susodicho y la dicha ynformacion avida e la verdad savida escrita en limpio e signada del escribano ante quien parece e cerrada e sellada en publica forma en manera que haga fee la enviareys ante nos para que la mandemos ver e probeer en ello lo que vieremos que mas conbenga e no fagades ende al siendo tomada la razon desta nuestra cédula por los nuestros oficiales que resyden en la dicha cibdad de Sevilla en la casa de la contratacion de las Indias."

"Fecha en Valladolid a quinze dias del mes de Octubre de mill e quinientos e veynte e dos años.—YO EL REY."

"Por mandado de su majestad, Francisco de los Cobos."

Segun Bernal Díaz, cap. CLI, un caballo valía ochocientos ó mil pesos.

(2) Lunes veinte y cuatro de Junio.

(3) Cartas de Relac. pág. 264.

continuas deprecaciones á los dioses, ofreciéndoles abundantes víctimas con los prisioneros aliados cogidos en los diarios combates, y el contento de la solemnidad rayaba en frenesí cuando los devotos veían tendido sobre el *techcatt* el cuerpo desnudo y blanco de algún teule, quedando ofrecido el corazón al sanguinario Huitzilopochtli: aquellas carnes blancas, santificadas por el rito, eran comidas con delicia como sazonadas por el odio y la venganza. Las cinco últimas víctimas de la hueste de Alvarado regustaron al terrible número; los sacerdotes ofrecieron en su nombre completa victoria contra los extranjeros y sus aliados. Estaban en el mes Tecuilhuitontli, precisamente en los días de los aniversarios de la vuelta de Cortés á México el año anterior, de los rudos combates organizados por Cuitlahuac, de la muerte de Motecuhzoma y desbarato de los blancos: los dioses prometían la repetición de las luchas gloriosas de Junio y aún otra jornada de la Noche triste.

En los cuatro días siguientes, (1) si bien con pérdida de seis castellanos muertos y varios heridos, los de Alvarado ganaron la puente en donde fueron desbaratados, la cegaron y se establecieron sobre ella. (2) Cortés proseguía sus diarias entradas en la ciudad, "y combatían los bergantines y canoas por dos partes, y yo por la ciudad, por otras cuatro, y siempre habíamos victoria, y se mataba mucha gente de los contrarios, porque cada día venía gente sin número en nuestro favor." (3)

No obstante aquellos avances hácia el interior de la ciudad, D. Hernando todavía no se determinaba á dejar el real de Xoloc ni se ponía aún en comunicacion directa con las tropas de Alvarado. Más de veinte días eran pasados en continuos combates; estaban cercanos al *tianquiztli* de Tlatelolco, y tomado aquel mercado y el teocalli de junto, debería precisamente seguirse la sumision de la ciudad; Alvarado estaba ya próximo al lugar codiciado y era caso de honra no dejarle ganar el puesto antes que ellos: (4) todo esto hicieron presente á Cortés sus capitanes, principalmente el tesorero Julian de Alderete, con tanta insistencia que hubo de conformarse,

(1) Mártes veinte y cinco á viénes veinte y ocho de Junio.

(2) Bernal Díaz, cap. CXI.

(3) Cartas de Relac. pág. 264.

(4) Cartas de Relac. pág. 262.

aún cuando su opinión era contraria. En consecuencia, se reunió un consejo de los principales cabos, (1) quedando determinado dar un ataque general á fin de apoderarse del mercado de Tlatelolco. Al día siguiente (2) dos criados del general fueron á comunicar las órdenes á los otros dos campos. Sandoval con cien peones, quince ballesteros y escopeteros, se pasaría al real de Pedro de Alvarado, dejando diez jinetes en el suyo, puestos en celada, para dar sobre los tenochca cuando salieran, mirando que se alzaba el fardaje. Los cinco bergantines de las dos divisiones unidas ayudarían en las operaciones, teniendo particular cuidado de no dar paso adelante sin allanar y cegar primero las puentes y fosos, debiendo todos hacer el mayor empuje posible por penetrar hasta el punto objetivo. Deberían mandar setenta u ochenta infantes al fuerte de Xoloc, lo cual se cumplió aquella misma tarde. (3)

El día inmediato señalado, (4) despues de haber oído misa, se desprendieron de Xoloc los siete bergantines con más de tres mil canoas de los aliados: D. Hernando se puso en marcha con veinte y cinco jinetes, con todos los peones castellanos y los aliados. Llegado á la parte ganada de la calle de Tlacopan, organizó el ataque de esta manera, escogiendo las tres calles que de allí conducían al Tlatelolco: por la principal que conducía al mercado debía entrar el tesorero Julian de Alderete con setenta peones y unos veinte mil aliados, (5) ocho caballos le cubrirían la retaguardia, acompañándole multitud de gastadores para derrocar las obras y tapar los fosos; por la calle inmediata, (6) penetrarían Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado con ochenta infantes y más de diez mil indios, dejando al principio de aquella vía dos tiros gruesos con ocho de á caballo; D. Hernando seguiría la calle más angosta (7) con cien peones en que había más de veinte y cinco ballesteros y escopeteros,

(1) Siguiendo escrupulosamente la marcha de los sucesos, veinte y ocho de Junio.

(2) Sábado veinte y nueve de Junio.

(3) Cartas de Relac. págs. 265—66.—Bernal Díaz, cap. CLII, discrepa en algunos pormenores y pone la determinacion al cargo exclusivo de Cortés.

(4) Domingo treinta de Junio.

(5) El Relox, en la direccion que las anteriores.

(6) Calles actuales de Santo Domingo y siguientes de S. á N.

(7) Segun resulta de los datos que tenemos recogidos, esta calle debía ser la actual de Manrique, Esclavo, la Pila seca, &c. siguiendo al Norte.

ocho caballos é infinito número de amigos: los jinetes se quedaron apostados en la bocacalle con órden de no pasar adelante.

Pié á tierra, al frente de los suyos, el general tomó resueltamente adelante; la primera cortadura que se presentó fué ganada con el fuego de un tirillo de campo, los ballesteros y escopeteros; se empeñó luego en una estrecha calzada, rota en dos ó tres partes, apoderándose fácilmente de dos puentes, en tanto que la muchedumbre de los amigos se apoderaban de las azoteas y penetraban por las encrucijadas. Miétras castellanos y aliados seguían calle arriba sin que nada pudiera detenerlos, Cortés con veinte castellanos hizo alto en una especie de isleta, así para sostener á los indios que cerca de ahí combatían, como para proteger la retaguardia de los guerreros que pudieran salir por las calles de travesía. Los de la vanguardia le mandaron avisar estar ya muy cerca del Tlatelolco y que oían el rumor del combate que sostenían Alvarado y Sandoval por su campo; mandóles decir no se internaran sin allanar primero los pasos, á lo cual respondieron estar todo cual se les mandaba. Para cerciorarse se adelantó hasta llegar á un canal ancho de doce pasos, cuyas aguas estaban cubiertas por maderos y carrizos flotantes, que pudieron dar paso á gentes que pasaron con tiento y pocos á pocos. (1) Llegaba Cortés á la puente, cuando descubrió á castellanos y aliados venir en precipitada fuga; los tenochca los habían dejado penetrar hasta donde á sus planes convenía; de improviso sonó el gran atambor sagrado en el teocalli de Tlatelolco, los sacerdotes de los otros templos hicieron resonar los instrumentos de los dioses, oyóse el ronco y lúgubre sonido del caracol de Cuauhtemoc ordenando cargar á los guerreros hasta vencer ó morir, y los escuadrones méxica se precipitaron por todas partes sobre los asaltantes con tan indomable furia, que los hicieron volver rostros y ponerse en huida.

En balde les gritó D. Hernando, "*Tener, tener;*" en balde volvió á repetirles, "Tened, tened, señores, tened récio; ¿qué es esto, que así habeis de volver las espaldas?" Sin oír aquellas razones, castellanos y aliados se precipitaron al foso, á su peso cedió la fagina hundiéndose en el agua los desventurados; cayeron sobre ellos

(1) Ixtlilxochitl, relacion XIII, pág. 37, dice que el foso estaba, "á donde ahora es San Martín, barrio de Tlatelulco."

los victoriosos méxica, acudieron por el canal multitud de canoas cargadas de guerreros, trabándose una lucha desesperada en que los unos pugnaban por no ahogarse ó ser llevados vivos, los otros por acabar de una vez con sus aborrecidos contrarios. Cortés, con quince de los suyos se defendió valientemente cual sabía siempre; agobiado por el número, herido de una pierna, vióse rodeado de guerreros y varios capitanes tenochca se arrojaron sobre él y le sujetaron al grito de "Malinche, Malinche:" aquí tambien debió la vida á la negra costumbre de los indígenas. (1) El Malinche hubiera sido ofrenda digna de Huitzilopochtli; por llevarle vivo y por rescatarle se empeñó afanosa lucha. Vencido estaba y sin duda le llevaran, á no ser por el socorro que le prestó Cristóbal de Olea, (2) esforzado jinete, quien cortó de un tajo las manos de un guerrero que tenía asido al general, al mismo tiempo que una vieja pretendía ahogarle; pagó con la vida su adhesión, pues ahí pereció, como tambien su caballo, á los golpes de los guerreros. Presentóse en seguida el acolhua Ixtlilxochitl peleando muy réciamente, (3) así como un diestro capitán tlaxcaltecatl, nombrado Teamacatzin; (4) Lerma que tambien vino, quedó mal herido; el camarero ó mayordomo de Cortés, Cristóbal de Guzman, fué llevado vivo; acudió al fin el capitán de la guardia, Antonio de Quiñones, quien asiéndole de los brazos le arrancó de los tenochca, diciéndole: "Vamos de aquí y salvemos de escapar." El grupo de los que defendían al general seguían la angosta calzada por donde habían entrado, la cual iba bien embarazada con los fugitivos, teniendo lugar de salirles por las calles de

(1) "Aquel día hubiera sido el último de su vida, dice Clavijero tom. 2, pág. 167, á pesar del extraordinario brío con que se defendió, y con su vida se hubiera perdido la esperanza de la conquista de México, si los mexicanos, en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo, para honrar con tan ilustre víctima á sus dioses."

(2) Francisco, le llaman Herrera y Torquemada.

(3) Torquemada, lib. IV, cap. CXIV.—Véase Ixtlilxochitl, pág. 38, acerca del cuadro pintado en la puerta de Santiago Tlatelolco.

(4) Natural de Hueyotlipan en Tlaxcalla, "que valerosamente puso el pecho á los mexicanos y las espaldas á Cortés, peleando. Este se bautizó despues; unos dicen que se llamó Antonio, y otros Bautista, y fué buen cristiano, y el primero que recibió el sacramento de la extrema unción en aquella tierra." Herrera, déc. III, lib. I, cap. XX.

agua los vencedores matando y cautivando á muchos. Acercóse un jinete para darle el caballo, más de una casa le dieron una lanzada por la garganta que le hicieron dar la vuelta, perdiéndose el cuadrúpedo; acertó á acercarse otro jinete en medio de la confusion, dió el caballo al general, montó éste y se puso á cabalgar, no para pelear sino para huir, pues la calzadilla estaba llena de lodo; perdióse todavía una yegua, quedaron aún aliados y castellanos en poder de los vencedores y el resto de quienes pudieron escapar salieron como por milagro á la calle de Tlacopan. Aquí se ordenó la retirada, sosteniendo la retaguardia Cortés con nueve de á caballo, en tanto comunicaba órdenes á las otras capitanías para que se retrajesen á la plaza.

La hueste de Julian de Alderete, porfiaba por ganar una trincheira, cuando por una ventana les arrojaron tres cabezas de cristianos, amenazándolos con acabarlos como habían hecho con Malinche; aquella vista y la orden del general los hizo retraerse al lugar convenido, ejecutando lo mismo Andrés de Tapia, no sin haber sufrido algunas pérdidas. Reunidas en la plaza las tres divisiones, cargaron los méxica por todas partes sin amedrentarse por los peones ó la caballería; al mismo tiempo en un vecino teocalli pusieron los sacerdotes perfumes y zahumerios para hacer un sacrificio, cosa que no pudo ser evitada, porque blancos y aliados á más andar hufan en direccion al real de Xoloc. Los victoriosos tenochca los persiguieron sin descanso, y "se iban todos los escuadrones mexicanos hasta su real á darle guerra, y aún le echaron delante de sus soldados, que resistían á los mexicanos cuando peleaban, otras cuatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habían llevados vivos á Cortés, y les decían que eran del Tonatio, que es Pedro de Alvarado, y de Gonzalo de Sandoval y de otros teules, é que ya nos habían muerto á todos. Entónces dicen que desmayó Cortés mucho más de lo que ántes estaba él y los que consigo traía, mas no de manera que sintiera en él mucha flaqueza; y luego mandó al maestre de campo Cristóbal de Olid y á sus capitanes que mirasen no les rompiesen los muchos mexicanos que estaban sobre ellos, é que todos juntos hicieren cuerpo, así heridos como sanos." (1)

(1) Bernal Díaz cap. CLII.

Los del campo de Alvarado y de Sandoval, siguiendo algo apartados de la costa, penetraron victoriosos hasta bien cerca del *tianquiz* y *teocalli* de Tlatelolco; de improviso se vieron acometidos por grandes escuadrones de guerreros, lanzando sus atronadores gritos de combate y arrojando cinco cabezas ensangrentadas, dijeron: "Así os mataremos, como hemos muerto á Malinche y á Sandoval y á los que consigo traían, y esas son sus cabezas; por eso cono celdas bien." Cerraron entónces pié con pié, sin ser parte para apartarles, las armas blancas ni de fuego: los tlaxcalteca perdieron el ánimo y los blancos comenzaron á ciar aunque en buena ordenanza. La carga de los méxica no aflojaba, de manera que los castellanos seguían en su movimiento retrógrado; oyóse entónces sobre el gran cu de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca el lúgubre y atronador sonido del *tlapanhuchuetl* ó atambor sagrado, viéronse las nubes del humo del *copalli* precursor del sacrificio y se escuchó el ronco sonido del caracol de Cuauhtemoc; (1) nuevos escuadrones de guerreros se precipitaron con furia, empujaron decididamente á los blancos y les encerraron en su real: aquí pudieron defenderse con grandes esfuerzos de valor, sostenidos por el fuego de dos piezas gruesas y las arremetidas de la caballería. "Así heridos como sanos y hechos un cuerpo, estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los mexicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel día no quedara persona viva de nosotros, segun la guerra que nos daban." (2)

Como el desbarato había sido temprano, Sandoval con algunos jinetes se dirigió al real de Cortés para informarse de lo que le había acontecido; aquel buen soldado ya en presencia del general, le dirigió estas palabras: "Oh, señor capitán, y ¿qué es esto? ¿Aquestos son los grandes consejos y ardidés de guerra que siempre nos

(1) "Y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocaba era que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metía en los oídos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con que rabia y esfuerzo se metían entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese." Bernal Díaz, cap. CLII.—Segun Clavijero, tom. 2, pág. 166; "oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que sólo se tocaba por los sacerdotes en caso de urgencia pública, para excitar al pueblo á tomar las armas."

(2) Bernal Díaz, cap. CLII.